## CAPÍTULO X

El culto de la culebra. — Su significación astronómica. — La pintura relativa del códice Borgiano. — Explicaciones de Fábrega y del señor Ramírez. — Nuestra interpretación. — El jarro cronológico de Quauhnáhuac. — El vaso solar de Cholóllan. — Ruedas de calendario. — Grupo del ritual Vaticano — El juego de pelota. — El tlachtli. — El Teotlachco. — El Tezcatlachco. — El Citlaltachtli. — El Palacio de los tigres. — El relieve interior. — Historia supuesta de Aac y Chac — Mool. — Explicación del relieve. — Tradición del Popol Vuh. — El cambio de religión — Los sacerdotes del sol. — Edificios dedicados á su culto. — El piso superior del Palacio de los tigres. — Los dinteles de zapote esculpidos — Las pinturas murales. — Policromia de los monumentos y los ídolos. — Explicación de las figuras pintadas. — Los cantores. — Encantos y hechicerías. — Los Xbalamob. — Los dioses barbados. — Organización del poder guerrero. — Armas posteriores á la invasión — El ejército. — Los holcanes. — Manera de batallar. — El Nacón. — La esclavitud. — Embajadas. — El derecho de guerra. — La costumbre de labrarse el cuerpo. — Trajes de los hombres — Trajes de las mujeres. — Afeites. — Costumbre de hacer los dientes puntiagudos. — Escasez de ídolos de Yucatán. — La isla de Mujeres. — El templo. — El ídolo. — Gigantes y pigmeos. — Leyes sobre el estado de las personas. — Poligamia. — Fiestas del matrimonio. — Herencias. — Familias nobles. — Contratos. — Jueces. — Derecho penal. — Costumbres mortuorias. — Conclusión.

En el edificio de Chichén destinado al juego de pelota deben llamarnos la atención dos circunstancias, la introducción del juego, que según hemos visto era propio de los nahoas, y el culto de la culebra perfectamente determinado, no sólo en esas ruinas, sino en otros monumentos de la misma ciudad; pues en juego y culebra vamos á encontrar significaciones astronómicas referentes á la religión nahoa introducida por los invasores en la península maya.

Hemos visto que dos deidades se representan con las culebras, la estrella de la tarde con la culebra con plumas ó *Quetzalcoatl*, y la tierra con el faldellín de culebras ó *Coatlicue*; pero si examinamos en los veinte signos de los días los correspondientes al sol, encontramos entre ellos á *coatl*, y lo qué signifique éste únicamente podremos saberlo examinando la pintura respectiva del códice Borgiano, que ocupa en la edición de Kingsborough la lámina 28, cuadro inferior de la derecha.

Fábrega la explica diciendo que es el carácter del quinto día, señalado por el signo cóhuatl, sierpe, símbolo de la severidad, según Torquemada; que la figura que está sentada hacia la derecha en tlatocaicpalli, ó silla señoril, es de Tonacacihuatl ó mujer de nuestra carne, compañera de Tonacatecuhtli, la cual tiene otros muchos nombres alegóricos, entre ellos xóchitl ó flor, nombre del vigésimo día; que por adorno en la nariz lleva un anillo abierto hacia arriba, formado de una aufesibena ó sierpe de dos cabezas; que sobre ella se observa un pájaro extraño con alas de murciélago, piernas, brazos y manos de hombre y piés con uñas; que empuña en su mano izquierda una hoja seca

tripartita, viéndose otra hoja semejante por el aire y un vaso con el símbolo de la noche, y que esa ave es *Tezcatlipoca*, por otro nombre *Tlahuitztocatecuhtli*, que finge ser el señor de la luz ó aurora. Agrega que,



Creación de Coalt.—(Códice Borgiano)

según Ríos, este *Tezcatlipoca* fué quien engañó á la primera mujer que pecó, sin decir su engaño ni la especie de pecado.

El señor Ramírez se limita á decir que es una deidad femenina con un adorno en la nariz en forma de culebra, y que en la parte superior hay una águila con dos manos humanas y ofrendas, y con tal motivo pregunta: ¿será Cihuacoatl?

Examinemos con atención la pintura para deducir de este examen su explicación precisa.

Es, en efecto, una mujer la figura principal del grupo. Se conoce con su vestido mujeril, huepilli y cuéyetl, y también en el color amarillo de sus carnes, que es el usado en la pintura jeroglífica para representar á las mujeres. No puede haber duda en la divinidad que es, pues su rostro está dentro de la boca de una culebra, la cual se ve en los adornos de su tocado: es por lo mismo Cihuacoatl la diosa de la tierra, como sospechaba el señor Ramírez. Las figuras de la parte superior del cuadro son símbolos á ella relativos: el tlacatecólotl con el haz seco, el haz de hierbas verdes; el altar formado de piedras que significan las montañas; la olla ó cómitl en él puesta, que en su disco azul con un punto rojo en medio, manifiesta á la luna, y la hoja verde que de ella sale, todo forma el jeroglífico de la noche, como repetidas veces se observa en el mismo códice. Ahora, si atendemos á la actitud de la Cihuacoatl, la veremos semejante á la del Tonacatecuhtli cuando crea al cipactli, al sol cuando dejó caer el primer rayo de luz de arriba. Está, en efecto, la Cihuacoatl también en silla señoril y extiende la mano en la misma actitud de crear una culebra, coatl; y desde luego se comprende que esta culebra debe ser representación del sol por sus relaciones con la culebra mujer Cihuacoatl, la tierra. Hemos visto que el sol, Tonacatecuhtli, tiene por mujer á la tierra, Tonacacihuatl; que el mismo sol en la noche es Mictlantecuhtli, y que entonces la tierra es Mictlancihuatl: de



Sol de un jarro de Cuernavaca

manera que sol y tierra son una pareja, hombre y mujer; y esa pareja es la de nuestro grupo jeroglífico, Coatl, el sol, y Cihuacoatl, la tierra.

Pero ¿qué manifestación del sol es ésta, que aparece creada por la tierra, trastornando así toda nuestra anterior cosmogonía? Hasta ahora hemos visto que el sol es el creador, siendo la tierra su *creatura*; y ahora nos encontramos trocados los papeles. Mas como de esto no hablan ni antiguas crónicas ni viejos manuscritos,

ni intérpretes suspicaces, ni historiadores modernos, no hubiéramos venido nunca al cabo de la deseada explicación si no hubiese llegado á nuestras manos un hermoso jarro antiguo á punto para aclararnos dudas y desvanecer cavilaciones. Fué encontrado el jarro á orillas de la ciudad de Quauhnáhuac, hoy Cuernavaca, es de barro muy fino y esmaltado con colores vivísimos, rojo, amarillo, blanco y negro. Tiene pintadas y como principales tres figuras idénticas que representan al sol en su movimiento anual: son círculos de fondo blanco con circunferencia negra, á cuyo derredor se extienden seis ondas iguales amarillas como las del tocado del dios del fuego; en el centro de cada círculo hay una figura roja enroscada á manera de culebra, y como en cada una de las seis ondas hay tres puntos negros, lo que



Sol de un vaso de Cholóllan

nos da las diez y ocho veintenas del año solar, claro es que cada uno de los círculos representa al sol en su movimiento aparente anual y que el sol-Coatl es el solaño. El mismo jarro lo confirma, porque además de los tres círculos, cada uno con diez y ocho puntos ó veintenas, tiene otras dos figuras medias, una con nueve y otra con diez puntos, lo que da otras diez y ocho veintenas del cuarto año y una más formada de los nemontemi de los cuatro años del ciclo menor, que queda de este modo perfecto y completo.

Pero á mayor abundamiento encontráronse haciendo una excavación en la pirámide de Cholóllan tres vasos semejantes en barro, colores y figuras. Uno de estos vasos expresa las diferentes posiciones del sol en su curso anual, y ahí el astro está representado por un círculo con las cuatro puntas del Nahui-óllin y en su interior se enrosca también una culebra, nuestro Coatl.

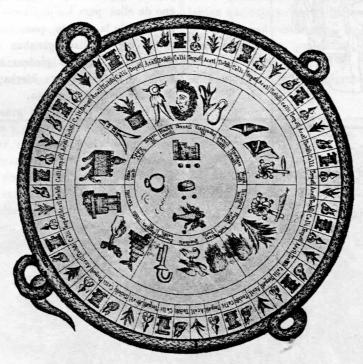
Si examinamos las diversas ruedas de calendarios nahoas que corren en autores que á la mano de todos se encuentran, las veremos no pocas veces circuídas por una culebra. Tomaremos, por ejemplo, dos muy fáciles de consultar: Il Secolo Messicano, de Clavigero, que nos pone de manifiesto al sol en el centro de un círculo, rodeado de los cincuenta y dos años del ciclo mexica, y ese círculo rodeado á su vez de una culebra. El jesuita historiador dice que solían pintar una sierpe enroscada alrededor de la rueda, indicando en cuatro plegaduras de su cuerpo los cuatro vientos cardinales y los principios de los cuatro tlalpilli.

Semejante es otra rueda que perteneció á Sigüenza y después á Boturini, y que se publicó por primera vez en el *Giro del Mondo*, de Gemelli Carreri.

Bástenos esto para comprender que la culebra Coatl ya expresara el año como en los vasos referidos, ya el ciclo como en las ruedas citadas, significa siempre un período mayor ó menor de los movimientos aparentes del sol: podemos decir que la culebra Coatl representaba al sol-tiempo, como el Cipactli al sol-luz. A éste únicamente lo podía formar el creador de todas las cosas, sólo el mismo sol podía producir la luz, y por eso se ve á Cipactli irguiéndose, vibrando en el espacio al mandato de Tonacatecuhtli. Pero el sol no era bastante para crear el tiempo; el sol era la luz cons-

tante; solamente la tierra en sus relaciones con él podía formar el tiempo; únicamente por ella y para ella podía haber días y noches, meses, años y ciclos, y por eso al representar el sol-templo por Coatl pintaban con lógica sublime creándolo á la tierra, á la Cihua-coatl. Y por eso también se ve en la parte superior del cuadro jeroglífico al símbolo de la noche alumbrada por la luna alternando con las hojas verdes del día, y á éstas con las secas de las tinieblas que empuña el buho nocturno Tlacatecólotl. Tenemos un nuevo par de aquella religión dualista: la culebra-sol y la mujer culebra-tierra; par que en sus relaciones mútuas forma la eterna é inquebrantable cadena de los años.

Confirmamos estas importantísimas ideas exami-



Ciclo mexica

nando el grupo correspondiente del ritual Vaticano. En el cuadro superior hay un águila, de cuyo vientre sale una corriente de excremento amarillo, que baja sobre Tonacacihuatl, la cual está en el cuadro de en medio, y vemos á ésta en la actitud de crear á la Coatl del cuadro inferior. Ya la lectura de este grupo nos es fácil: el sol envía su luz sobre la tierra y la tierra forma el tiempo.

Esta significación astronómica de la culebra y el verla en los discos de piedra del Juego de pelota de Chichén, bastaría para que sospecháramos que tal juego tenía relación con los mitos simbólicos del sol, creados por los nahoas é introducidos por los meca. Y así era en efecto. Hemos visto que generalmente en los signos del Nahui-óllin están marcados los puntos solsticiales, pero no siempre la meridiana y casi nunca la línea

equinoccial. Es que el *óllin* expresa los movimientos del astro más bien que los puntos solsticiales y equinocciales. Para esto, que era de suma importancia, sabemos ya que servían las tres flechas de Chapultepec; pero á más inventóse una figura compuesta de dos líneas que correspondían á las dos que en el horizonte van de uno á otro de los puntos solsticiales, tirando entre ellas y á su mitad una tercera que daba los equinocciales. Tal figura nos da perfectamente la idea de la marcha del sol, y precisamente era la que tenía el plano de los juegos de pelota, que los nahoas llamaban tlachtli. Bastará ver el representado en el *Atlas* del padre Durán.

El cronista Durán nos da buena relación de este Juego de pelota. Era el local largo de á cien y de á doscientos piés y á los cabos tenía rincones cuadrados. Se edificaban en todas las ciudades y pueblos de algún



Coatl del ritual Vaticano

lustre. Los muros tenían de estado y medio á dos de

altura y eran galanas cercas y bien labradas, con las paredes interiores lisas y encaladas y pintadas en ellas efigies de ídolos y de los dioses á quienes el juego estaba dedicado. Según los pueblos, eran estos juegos mayores ó mejor labrados, pero siempre de la misma figura, con un espacio más largo y más angosto en medio, y á los extremos otros más pequeños y más anchos en donde estaban las jugadores para impedir que la pelota cayese allí y el juego se perdiese. Por superstición plantaban por fuera del tlachtli palmas silvestres y ciertos árboles que dan unos colorines, y todas las paredes á la redonda tenían almenas ó ídolos de piedra puestos á trechos, y lo alto de ellas se henchía de gente para ver el juego. En medio de estas paredes se ponían dos discos de piedra agujereados, el uno frente al otro, y servía uno de ellos para los jugadores de una banda y el otro para los de la opuesta, pues los que primero metían la pelota por su disco ganaban el juego. En el suelo y debajo de las dos piedras había una raya negra ó verde hecha con cierta hierba, y de esta raya había de pasar siempre la pelota.

Eran las pelotas tan grandes como una pequeña bola de jugar á los bolos, y las formaban de hule que por elástico las hacía saltar constantemente. Jugaban aquellos antiguos indios con tanta destreza y maña, que acontecía que en una hora no paraba la pelota de un extremo á otro sin dejarla caer, y advierte Durán que esto era más difícil porque sólo podían tocarla con las asentaderas ó rodillas, sin que pudiesen usar de las manos ó los piés ú otra parte del cuerpo. Dudamos

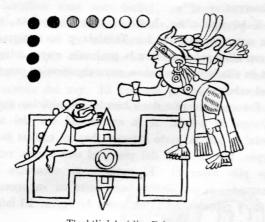


Disco del Juego de pelota, de Texcoco

de esta aseveración de Durán, porque había unos guantes sin dedos para el juego, llamados *chacualli*, lo que acredita que en él se empleaban las manos, y á más

están esculpidas éstas, alternadas con pelotas, en un disco de *tlachtli* de Texcoco, hermosa piedra de granito verde y blanco que se conserva en la alameda de dicho

lugar. Sería tal vez más galano el no usar de las manos ni de los piés, y desde luego comprendemos que Durán elogie la maña y gentileza de tal juego.



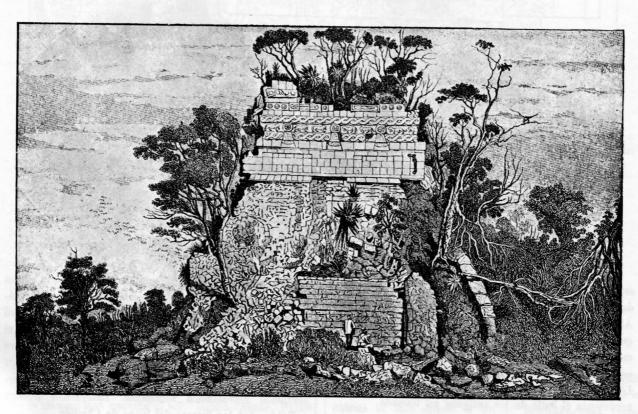
Tlachtli del códice Fejervary

Al que metía la pelota por el agujero de la piedra le cercaban todos y le honraban, le cantaban cantares de alabanza y bailaban con él un rato, dándole por premio plumas, mantas y maxtli.

Los jugadores se ponían desnudos, cubiertos sólo con sus *maxtli* y con unos pañetes de cuero de venado que se ataban en los muslos, que siempre los traían raspando por el suelo. Jugaban todo el día, remudándose para descansar, y como era juego de gentes principales, apostaban joyas, mantas, plumas, armas, esclavos y aun mujeres, si bien el vulgo no hacía tantas apuestas, y había también gente enviciada que podemos comparar á nuestros tahures.

A veces sacaban muertos á los jugadores, ya por fatiga del mismo juego ó porque recibían con la pelota golpes tan fuertes que les quitaban la vida, y las más veces quedaban tan lastimados con los golpes, que tenían que sajarse las contusiones.

Los jugadores de oficio tenían varias supersticiones: llegada la noche ponían en un trasto la pelota, el braguero y los guantes, y puestos de cuclillas ante ellos orábanles y los conjuraban para que les diesen el



Chichén. - Palacio de los tigres

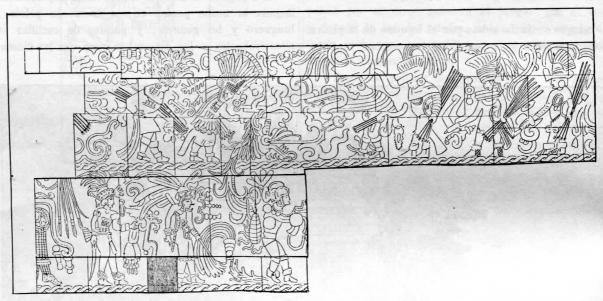
triunfo, recitando á ese propósito las más extravagantes oraciones. Hacíanles después sahumerios y ofrendas de alguna cosa de comer, y en tomando esto, á la mañana siguiente, ya se iban al juego completamente seguros de su triunfo.

La importancia extraordinaria que á este juego se daba y su forma hacen comprender que era una representación de los movimientos aparentes del sol, que los nahoas con su vigorosa imaginación se figuraban como pelota lanzada constantemente en el firmamento, y que no podía detenerse ó hacer falla, como decían en dicho juego, sino en los extremos que á los solsticios corresponden. Esto está claramente significado en el tlachtli de la pintura décimasexta del códice Fejervary, pues se le ve atravesado por la flecha de la meridiana, quedando los brazos de las extremidades como los

espacios horizontales que recorre el sol en su carrera anual. Confirma la idea un pasaje de la Crónica Mexicana de don Fernando de Alvarado Tezozomoc, en que dice que los mexica llamaban citlaltachtli ó juego de pelota de las estrellas al norte y su rueda, aunque el señor Troncoso agrega acertadamente que ese nombre debió corresponder á todo el firmamento nocturno. Veían efectivamente los nahoas que en las diversas épocas del año ocupaban lugares muy diferentes las estrellas, y fué grandioso figurárselas como pelotas de luz lanzadas en diversas direcciones por el inmenso tlachtli de los cielos. Los mexica, herederos de las ideas de los nahoas, tenían en su templo mayor un juego de pelota llamado Tcotlachco, para representar el curso del sol, y para el de la luna otro al cual decian Tezcatlachco: nombres que literalmente quieren decir, juego de pelota del sol y juego de pelota de la luna; quedando así el *Citlaltachtli* para la zona que al norte sigue y con referencia á las estrellas que en ella se observan.

Y hé aquí cómo, hasta el juego de pelota, todo viene comprobando que los Tutulxiu y los emigrantes que con ellos penetraron en la península maya, introdujeron en ella la cultura nahoa, cuya significación principal era el sabeismo.

Pero continuemos describiendo los edificios anexos al Juego de pelota. A la extremidad sur del muro oriental y por la parte exterior, hay un edificio de dos cuerpos, uno al nivel del piso y el otro á unos veinticinco piés sobre él. El superior se encuentra bien conservado, es sencillo, de buen gusto en su ornamentación, y representa una procesión de tigres. El inferior



Fragmento del relieve mural del Palacio de los tigres

está muy destruído, casi todo su frente está en ruinas, dejando ver los restos de dos figuras esculpidas. Al caer la pared, ha dejado á la vista el muro interior, que está cubierto de figuras de bajo-relieve laboriosamente esculpidas y pintadas de colores. Las figuras están en líneas separadas por cintas de ornamentación. Los indios llaman á esta pieza Xtol, por suponerse que representa el baile de los antiguos así llamado.

Stephens comprendió que este monumento encerraba grandísimo interés para el estudio de las antigüedades mayas; M. Plongeon encuentra en los relieves pintados la historia de dos reyes hermanos, Chac-Mool y Aac, el primero casado con la hermosa Kinich-Kakmó, y el segundo prendado de ella. Según Plongeon consta esto en las pinturas del segundo piso del palacio, que ha restaurado según afirma. No le seguiremos en la resistencia de la honestísima reina, ni en la venganza de Aac que mató á su hermano, porque creemos de buena

fe que son fantasías de su imaginación; y no conocemos más que dos figuras que él atribuye á Aac y Kinich-Kakmó, siendo de notar que á ésta la supone en actitud de consultar á un U-Men ó adivino, y á la verdad ni nos parece mujer por su traje, ni adivino el hombre que duerme, sino que en el tal grupo vemos algo parecido al Akabdziib, y por lo mismo alguna representación astronómica semejante. Indiquemos nuestra opinión sobre las figuras del muro de Chichén.

Stephens observa solamente que cada figura tiene por adorno en la cabeza un plumero, y que lleva un haz de flechas y un carcaj. Éstas eran las armas de la raza, como el tocado de plumas era común á los pueblos del Sur: así hemos visto ese adorno lo mismo en las esculturas de Xochicalco y Zaachila que en los estucos de Palemke, en los relieves de Chichén y en los ídolos de Tamoanchán. No se puede dar una descripción exacta con la fotografía, grabado y litografía que del

relieve conocemos; la primera, sacada por M. Charnay, es bastante confusa, y solamente percibimos en ella tres hileras de personajes armados que parece acatan y se humillan ante una deidad; en la primera hilera el dios es una culebra, es decir, el sol, y el personaje principal lleva en la cabeza una mitra, de cuya forma se conoce que más tarde se derivó el copilli real; el tocado primitivo del sumo sacerdote tornóse después en corona del rey. El grabado pertenece á la obra de Stephens, comprende únicamente la segunda hilera y

parte de la inferior, y en él se ve á los guerreros con sus armas, trajes y penachos de pluma, llevando uno de ellos el *copilli*. La litografía, que ha querido ser reproducción de la plancha fotográfica, es enteramente inexacta, como se ve desde luego en un traje talar y con manto que supone á la figura de la mitra, que es la que mejor se percibe en la fotografía y que por cierto no está vestida de esa manera.

Una tradición conservada en el *Popol Vuh* nos da la explicación del significado del relieve mural de



Pintura mural del Palacio de los tigres

Chichén. Según ella, estaban las tribus quichés sobre el monte Gagawitz esperando que saliese la estrella de la mañana que anuncia al sol. Balam-Quitzé, Balam-Agab, Mahucutah é Igi-Balam, estaban reunidos y oraban, se sacrificaban y derramaban lágrimas para que volviese el astro del día. Invocaban para ello á sus dioses Tohil, Awilix y Gagawitz. Después de una larga espera llena de angustia, apareció al fin brillante la estrella de la mañana: entônces quemaron en su honra el copal que habían llevado; pero después se pusieron á derramar nuevas lágrimas, porque no veían la salida del sol. Mas cuando el astro del día apareció, todos los animales, pequeños y grandes, se llenaron de

alegría; salieron todos de los ríos y de las cañadas subiendo á las cúspides de las montañas, y volvían la cabeza al lado donde el sol se mostraba. Al verlo, todos lanzaron sus cantos y sus gritos, el león y el tigre; y el primero que cantó fué el pájaro quetzal. Era una alegría universal de animales: los pájaros extendían sus alas, lo mismo el águila y el milano que las aves pequeñas. Postráronse los sacrificadores, y los de Tamub, y los de Ilocab, y los yaquis de Tepeu, y todos los pueblos que estaban presentes. No se podría contar el número de los que vieron resplandecer la aurora. Entonces los viejos dioses y las deidades del Tigre, de la Víbora, de la Serpiente y del Zakigosol

se mudaron en piedras abrazándose á los árboles: todos quedaron petrificados en el momento que salieron el sol, la luna y las estrellas.

Este relato del libro sagrado de los quichés es bastante expresivo, y bien claro manifiesta un cambio de religión, el abandono del viejo culto de los animales por la adoración de los astros; pues esa misma teofanía representa el relieve mural de Chichén. Los cuatro hombres inclinados ante la culebra, humillándole sus armas y ofreciéndole copal, siendo el primero de los cuatro el sumo sacerdote ornado de su mitra, son el viejo pueblo itzá que adopta el nuevo culto. Por eso los personajes de la segunda hilera, unos llevan el tlemaitl con el copal ardiente, y otros por ofrenda plumas y ramas, inclinándose todos ante la bien conocida deidad cipactli, en adoración á la luz del astro-rey.

Luego se comprende que en aquellos palacios donde vivían los sacerdotes del sol, habitaba el H' Kin. Y así como el Castillo era edificio destinado al culto de Kukul-cán, éstos lo estaban á Kinich-Kakmó. Allí descubrió su estatua M. Plongeon, los relieves y pinturas se refieren al culto del sol y el mismo juego de pelota simboliza su curso.

Pero continuemos en la descripción del edificio que hemos llamado Palacio de los tigres. No hay escalera ni

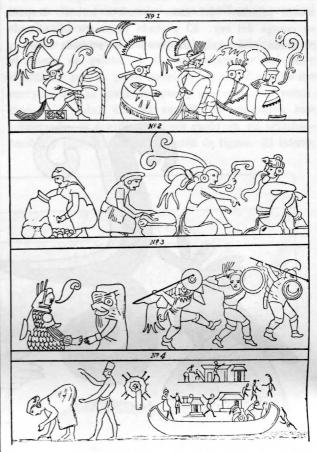


Relieve en un dintel de madera de zapote

otra manera de subir al piso superior, y su puerta da sobre la plataforma del muro del Juego de pelota. Ya hemos dicho que desde estos muros veían el juego los curiosos. El corredor del frente de ese piso superior está sostenido por macizos pilares, de los que todavia existen algunos restos cubiertos de minuciosos adornos esculpidos. El dintel de \*la puerta es de madera de zapote riquísimamente labrada: en ese labrado ha creído ver M. Plongeon la figura de Aac. Parte de las jambas están sepultadas en los escombros, pero en ellas se observan figuras esculpidas con grandes adornos en la

cabeza. Por dicha puerta se penetra á una pieza interior, cuyas paredes y techumbre están cubiertas de figuras pintadas con vivísimos colores, representando hombres, batallas, escenas de vida doméstica y una gran canoa, aunque todo bastante destruído.

El existir en este piso superior una caja preciosa-



Diversas figuras pintadas en los muros del Palacio de los tigres

mente esculpida hizo que M. Plongeon creyese ver allí una cámara funeraria levantada al supuesto Chal-Mool por la reina su esposa.

Dos advertencias relativas al edificio debemos hacer. Encontramos los dinteles ricamente esculpidos de palo rojo de zapote, sustituyéndose á los de piedra. Charnay dice que ha observado en las ruinas, que éstos se usan en las puertas pequeñas y aquéllos en las anchas, y hallamos que en este edificio domina la pintura, por lo que Stephens creía que los constructores del monumento fueron más adelantados en la pintura que en la escultura.

Pero la verdad es que fué propio de la raza mayaquiché, y de ella se extendió á las otras, la policromia de los monumentos, ídolos y demás objetos. Así hemos visto que los monumentos de Copán estaban pintados con vermellón; en los estucos de Palemke se notan aún varios colores; el Kinich-Kahmo, uno de los Totec y otros varios ídolos del Museo conservan huellas claras

de pintura, y la misma Piedra del Sol y otros monumentos estaban pintados.

Stephens dice que las figuras murales del palacio están pintadas con verde, amarillo, rojo, azul y un color oscuro rojizo para las carnes. Plongeon en sus copias agrega el violado, y da significación á los colores: el azul es santidad, el violado es dicha, el verde sabiduría, y el amarillo expresión de las malas pasiones.

Stephens reprodujo en grabado algunas de las pinturas murales: una copia exacta de todas y un estudio concienzudo de ellas nos darían mucha luz sobre las antiguas costumbres de los mayas. Hagamos un ligero ensayo con las que conocemos.

Llaman desde luego la atención cinco que están sentadas en línea, de las cuales la primera está cantando y la última tocando un instrumento músico. Ya el carácter jeroglífico en estas pinturas se va separando del antiguo maya-quiché, y pasa al figurativo de los nahoas. El canto entre éstos se simbolizaba con la misma vírgula que la palabra, pero más adornada; y así está la primera figura, y en la última que canta y toca al mismo tiempo. Además, las cinco están sentadas, tres en cuclillas y dos en banquillos; pero ya ninguna con las piernas cruzadas á estilo oriental, pues hasta en esto se ve la prueba de la invasión y la mudanza de las costumbres.

Desde luego se comprende que tales pinturas representan un acto religioso, pues que celebraban sus cultos con cantos y músicas, y bien lo indica el deán Aguilar cuando aconseja que el cristiano se haga con timbales y flautas y melodía de diversas voces.

En otra pintura se ve á un guerrero hablando á un ídolo y como en conversación con él, como si lo interrogase sobre el éxito de la campaña que va á emprender, pues después se ve contentos y corriendo á otros guerreros que van en son de campaña. Esto recuerda los embustes, agüeros, hechicerías y encantos en que creían los mayas.

Que para ellos y los quichés había encantadores, bien lo muestran las diversas transformaciones de Xbalamke en Xibalba, según el relato del Popol Vuh. Y el deán Aguilar refiere que tuvo preso á un natural del pueblo de Tezoc, gran idólatra encantador, que cogía con la mano una víbora ó culebra de cascabel, diciéndole ciertas palabras simbólicas.

Entre las fábulas relativas á estos hechiceros hay una muy interesante que se refiere á los balám ó hbalamob, como se dice en plural; pues hay que advertir que si esa palabra significa tigre, quiere decir también hechicero. En esa leyenda se cuenta que son los balám ciertos viejos \* que cuidan las ciudades. Constantemente las están vigilando cuatro de ellos, uno á cada viento. Durante el día son invisibles, y si alguno por acaso los ve, seguro puede estar de que le

sucederá alguna desgracia. En la noche son más vigilantes, y tampoco se les ve, pero se oyen los silbos conque se comunican, y aunque no tienen alas vuelan. Defendían á la ciudad de las tormentas, huracanes y cualquiera otra desgracia; y los indios creían que las exhalaciones eran los trozos de tabaco encendido que cansados de fumar arrojaban los hbalamob.

Es curioso que dos de las figuras de Chichén, dibujadas por M. Plongeon, se tengan por él y algún otro escritor, por magos ó encantadores, con la particularidad de ser ambas barbadas. Trataremos primero de las hechicerías, para luego ocuparnos de este punto, que no carece de interés.

El deán refiere que había entre los mayas ciertos indios viejos hechiceros que ensalmaban con palabras misteriosas á las mujeres de parto y curaban á los mordidos de viboras. Cuenta que cuando fabricaban casas nuevas, que era cada diez ó doce años, iban por el viejo hechicero á una, dos y tres leguas para que las bendijese. Estos hechiceros eran los que confesaban, punto que más tarde trataremos, y echaban suertes con maíces, usando diversas ceremonias y teniendo por base el que los maíces resultaran en sus diversas combinaciones nones ó pares, huylán ó caylán, y agrega, en fin, el buen deán, que en Mérida era público que había indias hechiceras que con ciertas palabras abrían una rosa antes de que estuviese sazonada, y con ella se conquistaba el amor de las personas más desdeñosas, y así nos habla de otros hechizos: verdad es que nuestro Aguilar creía en el duende de Valladolid y se figuraba haberlo exorcizado.

En las pinturas copiadas por M. Plongeon, repetimos que los que llama hechiceros aparecen con larga barba, uno haciendo una ofrenda y otro hablando ú orando. No queremos negar que sean figuras de mágicos



Kukulcán. - (Dios barbado de Chichén)

ni que estén representados tal vez haciendo hechizos; pero en ese caso expresan los que hacían los sacerdotes del dios *Kukulcán*. Que ambas son su imagen se conoce precisamente en que están barbadas y además

en sus atributos: la una tiene en la cabeza las dos hojas que se ven á Quetzalcoatl en el Ehecatonatiuh y la otra está rodeada de la culebra como el Gucumatz del relieve de Palemke. Y es que en las religiones de origen nahoa hay varios dioses barbados, los que primitivamente representaron al sol como se ve en la piedra de Zaachila, Quetzalcoatl, ó la estrella vespertina, y más tarde Huitzilopochtli. Si esto es porque la primera raza del Norte era barbada en contraposición á la del Sur, que siempre fué lampiña, no lo sabemos; pero esos sacerdotes barbados acreditan la invasión, como hemos visto que lo prueban la manera conque están sentadas las figuras, y podemos añadir las mantas conque se cubren; de manera que esas pinturas son de esa época posterior.

Pasando á los guerreros en las pinturas representados, debemos manifestar que la mudanza de teocracia á monarquía hubo de producir cambios importantes en la organización de los ejércitos, supuesto que el poder guerrero se sobrepuso y quedó por primero. Dándonos Landa cuenta de ella, dice de sus armas que eran las ya referidas, arcos y flechas, hachas y lanzas, y para defensa jacos de dos lienzos de algodón rellenos de sal y rodelas que hacían de cañas hendidas y muy tejidas, redondas y guarnecidas de cueros de venados. Habíamos dicho que en los monumentos anteriores á la invasión no se encontraban guerreros con escudos; pero en estas pinturas posteriores los llevan y una de las figuras tiene en vez de lanza una especie de porra. En los últimos tiempos usaron también la macana, á pesar de lo que dice Landa, pues armas de esa clase llevaban los mercaderes de la barca que encontró Bartolomé Colón. Agrega el cronista que algunos señores y capitanes usaban morriones de palo, y con estas armas iban á la guerra y con plumajes y pellejos de tigres y leones.

Los mayas tenían siempre dos capitanes, uno perpétuo cuyo cargo se heredaba y otro electo por tres años, que era al mismo tiempo sacerdote en la fiesta del mes *Pax*. Llamaban á éste *Nacón*, y durante el ejercicio de su cargo no había de conocer mujer, ni á la suya propia; ni comer carne, sino que de pescados se alimentaba; tenía aparte sus vasijas y muebles, sin que mujer alguna pudiera servirlo; rara vez se presentaba al público y era muy reverenciado.

Formaban el ejército como soldados principales cierta gente escogida que había en cada pueblo, la cual no estaba siempre sobre las armas sino que se reunía cuando era menester. Llamábanse holcanes, que quiere decir cabezas de serpiente, sin duda por la de víbora que de tocado llevaban. Si estos soldados escogidos no bastaban, tomábase más gente de los pueblos. No tenían soldada los holcanes sino en tiempo de guerra, que se la daba el capitán, y sus pueblos les acudían con los alimentos.

Salían á batalla guiados por una bandera, y en silencio para atacar siempre por sorpresa al enemigo; pero en cayendo sobre él, destrozábanlo con grandes gritos y crueldades. Después de la victoria quitaban á los muertos la quijada, y limpia de carne se la ponían por trofeo en el brazo. Si apresaban á algún capitán ó guerrero notable lo sacrificaban; los otros soldados prisioneros eran esclavos del que los tomaba.

Todo lo relativo á la guerra se acordaba y concertaba por el jefe de la casta guerrera y el Nacón. En esto vemos otro medio ingenioso que emplearon los sacerdotes para conservar su poder después de la invasión. Antes de ella, el Hunpictoh era el servidor humilde del sacerdocio; pero apoderados del mando los invasores, quedaba el Tutul-Xiu dueño de los ejércitos, y para no perder su dominio en ellos inventaron los sacerdotes el nuevo cargo de Nacón, que era uno de ellos mismos electo cada tres años, por lo que les era completamente devoto. Sin el Nacón no se arreglaba nada para la guerra y así el rey nada podía hacer sin el concurso del sacerdocio.

Sin duda que en la península, como en todas las sociedades antiguas, de la guerra nació la esclavitud. El esclavo no era el hombre del pueblo ó el siervo, era la cosa propia que se compraba y se vendía, que se utilizaba para todo trabajo y que servía cuando se necesitaba para víctima en los sacrificios: su dueño tenía sobre él derecho de vida y muerte. El número de esclavos debía ser muy grande, porque no sólo lo eran los guerreros vencidos y los extranjeros, sino que también en algunos delitos se imponía la esclavitud por pena.

Las guerras habían formado entre los mayas una especie de derecho internacional. Los ahau y los batab nombraban embajadas de sacerdotes y guerreros, cuyas personas eran sagradas, cualquiera que fuese el objeto de su misión; pero si estallaba la guerra, era permitido cualquier ardid para alcanzar la victoria. El éxito de una batalla decidía la contienda, pues no llevaban los guerreros más provisiones que las que podían cargar á la espalda. El vencedor era implacable: sacrificaba á los capitanes enemigos, esclavizaba á los prisioneros, que sólo rescatándose podían recobrar su libertad, é incendiaba generalmente la ciudad enemiga. Tal era el derecho de guerra entre los mayas.

Los que salían á campaña teñíanse la piel, y en esta costumbre vemos también la influencia de la invasión, que igualmente modificó los trajes y adornos. En efecto, los mayas, siguiendo una costumbre que pertenecía á la raza autóctona, según hemos visto, y que por lo mismo entre ellos debieron introducirla los meca, se labraban los cuerpos y cuanto más por de mayor bravura se tenían. Era el labrarse gran tormento, pues pintaban primero con tinta las labores y después las sajaban, de manera que quedaban indelebles mezcladas la sangre y tinta. Como era tan grande el dolor de la

operación, hacíanla poco á poco, y aun así se ponían malos porque se les enconaban y supuraban las incisiones; á pesar de lo cual tenían en desprecio á los que no se labraban. Aguilar refiere que en su niñez vió todavía á los Cupules de Valladolid, (Yucatán), labrados con figuras de sierpes y águilas.

Para hablar de los trajes que usaban debemos advertir que eran los mayas fuertes y recios y que tenían por gala ser bizcos, para lo cual las madres cuando niños les colgaban del pelo una cinta que les caía en medio de las cejas, con lo cual conseguían lo que ellos pensaban que era un nuevo detalle de su hermosura. Ya hemos dicho cómo les aplastaban la cabeza, y agregaremos que les agujereaban las orejas en las cuales usaban zarcillos, y que, según en varios ídolos se observa, colgábanles anillos de la nariz.

No criaban barbas y decían que para conseguirlo siendo niños les quemaban las madres los rostros con paños calientes. Usaban el cabello largo como las mujeres; pero hacia la coronilla lo quemaban también para que les creciese más corto. Trenzábanse el cabello haciendo con las trenzas una guirnalda alrededor de la cabeza y dejando caer atrás las colillas como borlas. Se bañaban á menudo, y para aromatizarse llevaban ramos de flores en las manos. Por gala se pintaban de rojo el rostro y el cuerpo, y Landa dice que era su vestido el ex ó maxtli, listón de una mano de ancho que se envolvían en la cintura, de modo que una punta cayese por delante y por detrás la otra, las cuales bordaban sus mujeres con curiosidad y con labores de plumas, y que además llevaban mantas largas y cuadradas atadas en los hombros, sandalias de henequen ó cuero de venado y que no usaban más vestido. Esta fué también reforma de los invasores, ese es su traje y así se ven en las pinturas murales de Chichén; mientras que hemos visto que en tiempos más antiguos nos revelan los monumentos otra manera de vestir y otro lujo después perdidos.

También la invasión influyó en los trajes y adornos de las mujeres. Landa dice que se preciaban de hermosas, aunque no eran blancas, sino de color moreno y pálido, lo que atribuye al sol y al contínuo bañarse. Se horadaban la ternilla de la nariz, y ahí se engarzaban unos pequeños discos de ámbar que se recogía en las costas de la península. En las orejas se ponían zarcillos y también se labraban de la cintura arriba, menos los pechos, con labores más delicadas que los hombres. Se pintaban como éstos de rojo, y si podían agregaban al color una goma pegajosa y de buen olor llamada iztah-te, y con esta mezcla untaban uno como ladrillo bien labrado, y aplicándoselo quedaban labradas, galanas y olorosas por varios días. Es muy común encontrar estos barros cocidos con labores y grecas á veces complicadas y bellas, á los que generalmente se llaman sellos por no saber que estaban destinados al

afeite de las indias. Trenzábanse los cabellos con galanura haciéndose curiosos tocados. Landa dice que sólo se cubrían de la cintura abajo con una enagua á no ser con la manta, y que las de Campeche se cubrían á más los pechos con un paño que se ataban debajo de los brazos. Pero Aguilar dice con razón que usaban enaguas como fustanes de colorado, y fustanes las llaman todavía, y camisas de algodón blanquísimo que él designa con el nombre de guaipiles y que hoy les dicen ipiles. Inmediatamente se conoce el nombre nahoa huipilli, que acredita que también el traje



Idolo de Tiayo. - (Túxpan)

mujeril fué introducido por los invasores, sustituyéndolo al suntuoso de tiempos anteriores.

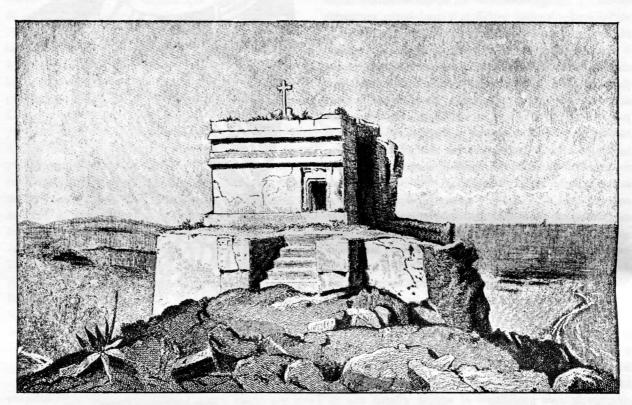
Pero lo más notable en materia de adorno de las mujeres, era que tenían por costumbre aserrarse los dientes dejándoles como sierra, y hacían este oficio viejas limándolos con ciertas piedras y agua. Hasta hace poco no teníamos más prueba de tan extraña costumbre que el dicho del cronista y acaso de algún otro escritor, y es que son raros los ídolos de Yucatán. Que los hubo y muchos, bien se vió en la conquista del Petén, y sin embargo, Bancroft llama la atención sobre el hecho de que no se conocen más esculturas mayas que el animal de dos cabezas y la vieja en Uxmal; la tosca figura y la pequeña estatua en Nohpat; el ídolo que en Zayi sirve de fuente; los monolitos toscos de Sijoh; los ídolos vagamente mencionados de Mayapan

y las figuras de barro de Campeche. Podemos agregar algunos más de que ya hemos hablado y otros de que tenemos conocimiento; pero siempre resultará que son relativamente muy pocos los ídolos mayas que conocemos. Afortunadamente encontró el de una mujer M. Plongeon, en la isla llamada de Mujeres.

Sabido es que esta isla tomó su nombre precisamente de los muchos ídolos femeninos que en ella observaron los españoles cuando la descubrieron. Torquemada refiere que le dieron ese nombre porque en ella se encontraron torres de piedra con gradas y capillas cubiertas de madera y paja, en las cuales estaban puestos, por muy artificioso orden, ídolos que parecían

mujeres. Herrera dice que eran tres templos labrados de cal y canto, con muchos ídolos con caras de demonios, de mujeres y de otras malas figuras, y que algunos eran de barro ó de madera con adornos y diademas de oro. En efecto, Francisco Fernández de Córdoba, que llevó por piloto á Alaminos, la descubrió en el año 1517, y le puso el nombre de Mujeres porque allí, en un templo de piedra, encontró los ídolos de las diosas de aquella tierra, como Aixchel, Ixchebeliax, Ixbunié é Ixbunieta.

El ídolo femenil fué encontrado por M. Plongeon en el templo que está en la punta sur de la isla. Está construído este edificio sobre una plataforma de dos



Templo de la isla de Mujeres

metros de altura, por nueve de norte á sur y ocho y medio de oriente á poniente. Su frente da al sur, y mide como seis metros de ancho por cinco y poco más de largo y tres de altura. La figura exterior del templo y su división interior son semejantes á los de la península que ya hemos descrito.

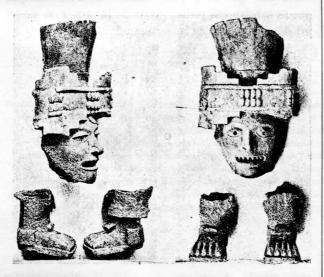
Pues bien, en la isla se encontró una figura de barro, que se cree brasero para quemar copal, y la cual tiene perfectamente marcada su dentadura en forma de sierra. El aspecto de su rostro es severo, y lleva un raro y muy alto tocado que servía de brasero.

No queremos á este propósito olvidar que lo poco elevado de los monumentos de la isla ha hecho pensar á algún escritor, que no iba descaminada la tradición maya de una existencia primitiva de gigantes y de enanos, pues dice que así como los edificios de Aké hacen creer que fueron levantados por los primeros, los de la isla de Mujeres diríase que fueron obra de los *Aluxob* ó pigmeos; y cree buenamente M. Plongeon que esa raza diminuta tenía unos dos piés de estatura.

Y ya que de las costumbres de los mayas después de la invasión vamos tratando, bueno será que digamos algo de sus leyes. El señor Ancona precisa perfectamente que tenían disposiciones concernientes al estado civil de las personas, á las herencias y á los contratos. Dice que el matrimonio sólo podía celebrarse con una mujer, y que si los misioneros creyeron encontrar huellas de poligamia, fué porque el divorcio era permitido y no era remoto dar con dos ó tres mujeres que

pretendiesen serlo de un mismo marido. Pero Aguilar afirma terminantemente que tenían muchas mujeres, y que en su conversión las dejaron quedándose con la primera, y es que los invasores introdujeron esa costumbre nahoa, sustituyéndola á la bigamia primitiva. Hacían sus bodas con suntuosas fiestas y banquetes, y tomaban con esa ocasión grandes jícaras de pozol cubierto con espuma de cacao. La ceremonia principal del matrimonio consistía en que la esposa diera de comer y beber á su esposo en presencia de todos los concurrentes.

Las leyes sobre las herencias eran tan precisas que no había necesidad de testar. Heredaban primero los hijos y en su defecto los parientes más cercanos,



Barro representando á una diosa maya

pero no las hijas; y se daban por muy contentas las mujeres si algo les donaban los herederos varones. Nombraban una especie de tutor á los menores para que administrase sus bienes, y de ellos tomaba los frutos en pago de tal servicio.

Parece que las mismas leyes hereditarias regían para el mando de la nación, y que el hijo heredaba el poder real del padre; pues sabemos que así sucedía con los batabs ó caciques, y los conquistadores encontraron las familias nobles de los Xius de Maní, de los Cocomes de Zotuta, de los Peches de Concal, de los Cheles de Cicontum, de los Cupules que después fueron de Valladolid, de los Cochuahes de Ichomul, de los Conohes Pabolón, Chanes, Canules y otros.

En los contratos bastaba para confirmarlos el que los contratantes bebiesen ante testigos; y si un deudor no podía pagar lo que debía, pero lo confesaba ante su mujer y sus hijos, á su muerte éstos quedaban obligados á hacer el pago.

Hacían justicia los *batabs* ú otros delegados especiales del *ahāu*. También imponían las penas, que eran muy severas. Castigaban con la muerte al adúl-

tero, para lo cual atado á un madero lo entregaban al marido ultrajado; si éste lo perdonaba quedaba libre, y si no, lo mataba dejando caer sobre su cabeza una gran piedra: á la mujer le daban por único castigo la infamia y el desprecio público. Al homicida lo estacaban para que muriese; al ladrón, aunque fuese de poco, lo hacían esclavo; y si era señor ó principal se juntaba el pueblo y le labraban el rostro por los lados desde la barba hasta la frente, lo que por gran infamia se tenía. Pena de muerte tenían también el traidor á su señor, el incendiario, el que corrompía alguna doncella, acometía á casada ó forzaba á cualquiera mujer.

Pero si el homicida era menor, no se le mataba sino que se le hacía esclavo; y si la muerte era casual, tenía que pagar un esclavo por el muerto. Al sospechoso de adulterio, aunque no se le probase, le ataban las manos por detrás varias horas ó varios días, según el caso, ó lo desnudaban ó le cortaban los cabellos, que era grave afrenta.

No usaban del juramento, pero maldecían al mentiroso y se creía que no mentían por temor á las
maldiciones. De las sentencias no había apelación,
y no usaron por pena los azotes ni la prisión; pero á
los condenados á muerte, á los prisioneros de guerra
y á los esclavos fugitivos, les ataban atrás las manos,
les ponían á la garganta una collera hecha de palos y
cordeles, y los llevaban á unas jaulas de madera que
servían de cárcel. Una de estas jaulas, pintada de
varios colores, servía para guardar á los niños y á los
hombres que habían de ser sacrificados.

La pena de la esclavitud era hereditaria. Los hijos de los esclavos eran esclavos hasta que se redimían ó se hacían tributarios. El que se casaba ó tenía hijos con esclava quedaba esclavo del dueño de ésta, y lo mismo sucedía con la mujer que se casaba con esclavo. Si poco después de la venta moría el esclavo ó huía y no lo encontraban, el vendedor estaba obligado á devolver parte del precio al comprador.

Sería entrar en muchos pormenores seguir minuciosamente á los mayas hasta en sus últimas costumbres,
tanto más que variaban según los lugares, cambiando
hasta sus dioses; así era en Campeche la deidad principal Kinchachau Haban, dios de las crueldades, en
cuyas aras se sacrificaban á menudo víctimas humanas,
y cuyo templo estaba construído dentro del mar, de
forma cuadrada y con escaleras en todos sus costados;
mientras los ídolos de Tihóo eran Ahchun caan y
Vaclom chaan, y el de Cozumel Ahhulaneb, que tenía
una flecha en la mano.

Pero sin entrar en mayores detalles, que sólo traerían confusión, no debemos dar de mano á las costumbres mortuorias, que son siempre expresión del carácter de un pueblo. Primitivamente los sepultaban en túmulos, y este modo se siguió generalmente, pues amortajaban á sus cadáveres hinchándoles la boca con maíz molido que

era su comida y bebida llamada *koyem*, y á más algunas piedrecillas de las que tenían por moneda. Hacían el enterramiento en sus mismas casas ó á las espaldas de ellas, echando en la sepultura algunos de sus ídolos, y si era sacerdote algunos de sus libros, y si hechicero algunas de sus piedras de hechizo. Si podían abandonaban la habitación que quedaba sirviendo de casa mortuoria.

Mas junto á la vieja costumbre maya encontramos la incineración nahoa introducida por los invasores. A los señores y gentes de mucha valía, que eran ellos mismos, les quemaban los cuerpos, y ponían las cenizas en vasijas grandes que depositaban en sus templos ó pirámides, ó las echaban en estatuas de barro cuando eran de los más principales. A los que no eran tan distinguidos les hacían estatuas de madera á las cuales dejaban hueco el colodrillo, y quemando sólo una parte

del cuerpo del difunto, ponían allí sus cenizas. Naturalmente con la invasión recibieron el *Mictlán* que se convirtió en *Mitnal*, teniendo por dios á *Hunhau*. Creían que los ahorcados iban á la mansión de descanso que presidía la diosa *Ixtab*, y por eso muchos se ahorcaban. Lloraban mucho á los muertos, en silencio de día, y de noche á grandes gritos.

Vemos, pues, mezcladas las costumbres y las ideas por la invasión; pero todavía grande y poderosa bajo los Tutulxiu la nación de los Zamná, como nos lo demuestran sobre todo los admirables monumentos de su corte. Así sorprende que un nuevo escritor, el diplomático francés M. Dabry de Thiersant, diga con desenfado que en el siglo vii no había en nuestro continente más que un pequeño número de tribus salvajes, que se cubrían con pieles, vivían de la caza y la pesca, y habitaban en grutas subterráneas!